

El saber-hacer con la dimensión dialectal en un caso de Jacques Lacan

JORGE BAÑOS ORELLANA

A las 17:10 del sábado 1 de abril de 1950, Paule de Mulatier, séptima hija de un acaudalado empresario metalúrgico de Lyon, se dirige hasta el número 5 de la calle de Lille de la ciudad de París para tener la primera sesión con Jacques Lacan. Tenía 47 años y llevaba casi 20 vistiendo la túnica blanca con capa y velo negros de las monjas dominicas. La figura corpulenta destacaba entre los transeúntes, su paso decidido y campechano, renuente a los contorneos de la femineidad de la época, era el esperable en una dominica misionera de las zonas rurales de Francia, si bien esa condición era parte del problema que la empujaba a ver a un psicoanalista. No le había sido fácil llegar hasta allí. Desde 1941 visitaba consultorios de neurólogos, psiquiatras y psicoanalistas sin decidirse por ninguno, aunque le urgía aplacar el sufrimiento. En 1949 llegó a considerar la indicación de que se le practicara una lobotomía. La última decepción había acontecido una semana antes, con una tal Madame Williams, protegida de Daniel Lagache.

En vistas del resultado, Lagache le envía una segunda eskuela de derivación, esta vez con las coordenadas del número 5 de la calle de Lille: "Lacan es un hombre un poco mayor que yo, destacado por su inteligencia y cultura, con gran experiencia psiquiátrica y psicoanalítica". Estaba harta de recomendaciones prometedoras; sin embargo, una vez sentada en la sala de espera le pareció de buen augurio descubrir, entre imágenes paganas apoyadas en los estantes de la biblioteca, una de San José, del que era muy devota. Recordó haber expresado, en un cuaderno de anotaciones espirituales, el motivo singular de la predilección:

Lo que caracteriza la fidelidad de San José, así como su vocación, es la ausencia de toda manera distintiva, personal. Eso mismo es lo que lo hace tan esquivo para los fieles. Es como si no tuviésemos control de su *quidditas*. Para captar algo suyo debemos pasar por la figura de Dios Padre.

Empleaba habitualmente términos escolásticos del dominico Santo Tomás de Aquino, como *quidditas* que refiere al *quid*, a la esencia de algo o alguien. Estaba en esas rumiaciones cuando le indican pasar al consultorio. Entonces atraviesa una puerta sin adivinar que proseguiría haciéndolo decenas de veces hasta fines de 1952. Tratándose de una mujer tan esquiva y de pocas pulgas, vale preguntarnos qué ocurrió en esta primera, o en las primeras sesiones, para que se produjera semejante flechazo transferencial.

No sería inconducente buscar indicios velados del análisis de Marie de la Trinité en los escritos y seminarios de Lacan. Y antes de precipitarse al seminario *Aun*, que desde la ilustración de la tapa anuncia estar interesado por el misticismo católico, habría que empezar por las notas de las reuniones de lecturas freudiana que Lacan realizaba en privado entre 1950 y 1952 y seguir por *Las formaciones del inconsciente* y *La transferencia en su disparidad subjetiva, su pretendida situación, sus excursiones técnicas* que serían, según mis palpitos, los seminarios más fértiles al respecto. De los escritos, sería ineludible releer

“Acerca de la causalidad psíquica” y “El discurso de Roma”. Felizmente el 2020 permite ir mucho más allá de conjeturas tan frágiles. Es el año esperado —las prescripciones testamentarias impidieron que fuera antes— para tener acceso al *Diario de análisis con Lacan de Marie de la Trinité*.

Es un cuaderno de dieciocho páginas con resúmenes y transcripciones de fragmentos de numerosas sesiones, al que Christiane Sanson, su archivista y editora, añadió la correspondencia entre la analizante y el analista, así como fragmentos de otros diarios con abundantes detalles acerca de la crisis inicial de 1941 y de la peregrinación de consultas anteriores al 1 de abril de 1950.

A la fecha en que escribo este artículo, agosto de 2020, la editorial Cerf todavía no publicó ese tesoro —presumiblemente debido al desbarajuste comercial traído por la pandemia del coronavirus—, por eso tendré que cometer una pequeña indiscreción para poder continuar: la de romper el voto de silencio pronunciado al recibir, meses atrás, el *Diario* como material reservado a la investigación. Reproduciré doce líneas del precioso documento:

Samedi 1^{er} avril
17 h 30 1^{ère} séance

« C'est pour une montée »

(les lignes suivantes sont écrites alternativement à l'encre rouge et à l'encre bleue. Le rouge pour MdT, le bleu pour Lacan.)

MdT : impression de douceur, de compréhension.
(pleurs)

Lacan : Les maladies mentales ne sont pas des maladies.
Exclus : « maladie, anormal »

MdT : Je dis « ça »

Lacan : Oui, nous l'appellerons « ça »
Une discipline à essayer.

De su materialidad, Christiane Sanson nos cuenta que: *las siguientes líneas están alternativamente en tinta roja y tinta azul. La roja para M[arie]d[de la] T[rinité], la azul para Lacan.*

A pesar de las apariencias no estamos, simplemente, ante la transcripción de un diálogo. La primera línea en que MdT habla de “impresión de dulzura, de comprensión”, no parece ser un parlamento, sino la anotación del efecto que le causó encontrar finalmente a alguien que la escuchara. En cuanto a las “lágrimas” o “llanto”, anotado a continuación y entre paréntesis, es imposible asegurar si refieren a algún sollozo durante la sesión o si son lágrimas que brotan en el momento de escribir esta entrada del *Diario* mientras evoca la escena del encuentro. Incluso podría tratarse de un paréntesis de C. Sanson, muy poco sistemática en sus intercalaciones, señalándonos que encuentra allí la inconfundible huella de lágrimas en el papel. De todas maneras, son alternativas confluyentes a propósito de la atmósfera y el impacto de esa sesión.

En cambio, las dos apariciones de Lacan sí impresionan como la transcripción apretada de lo que él dijo. De una cadena discursiva cuyo primer eslabón es un axioma (“Las enfermedades mentales no son enfermedades”) destinado a polemizar, a corregir diagnósticos que MdT habría recibido hasta entonces, a propósito de la naturaleza de su sufrimiento; y el último eslabón una consecuencia práctica de ese axioma, una indicación de cómo hablarán en adelante del asunto: (“Excluido: «enfermedad, anormal»”). A lo cual asiente MdT, aclarando para sus adentros que al motivo de sus padecimientos ella lo viene nombrando de una manera deliberadamente indecisa (“Le digo «eso»”).

Las notas de la sesión del 1 de abril concluyen con el sello de un acuerdo. Lacan adopta lo que acaba de decir MdT como la mejor solución, sentenciando: “Sí, nosotros lo llamaremos «eso»”. Y agrega, a modo de mandato o expresión de deseos: “Una disciplina a ensayar” —cuando lo transcriba en el convento, MdT subrayará la palabra disciplina—.



Si nos atenemos a una primera lectura de lo efectivamente transcrito de aquella sesión, sólo podemos figurarnos una conversación animada, pero difícilmente muestras de esa dulce comprensión que llevaría a MdT hasta las lágrimas, incluso admitiendo el considerable alivio que debió traer, para alguien que había sopesado hacerse una lobotomía, recibir de un médico con “gran experiencia psiquiátrica” el mensaje de que lo suyo no tiene nada que ver con enfermedades médicas. Incluso cabe recordar que, antes de Lacan, otros profesionales de cierta fama ya la habían alertado acerca del carácter no neurológico sino “mental” de su padecer. Nada nuevo y, sin embargo, ahí tenemos esa transcripción tan esmeradamente anotada, a dos colores, como atesorando algo revelador y la evidencia de que, luego de esa sesión, MdT no dudó en asistir a la siguiente. Sólo podemos concluir que si la diferencia no estuvo en el enunciado de Lacan —a ella ya le habían dicho eso mismo—, debemos buscarla en el arte de su enunciación.

Conjeturamos que Lacan sostenía sus dichos con gestos y entonaciones que ofrecían un marco de cordialidad y el acogimiento que ella estaba aguardando. Semejante maniobra de aporte “de dul-

zura, de comprensión” podrá hacer torcer la boca a quienes cultivan, como regla fija y desde las primeras entrevistas, el semblante inmisericorde de analista-lacanianosilencioso-desatento; ese mismo que inspiró la desopilante novela *La escuela Neo-Lacanianiana de Buenos Aires*, de Ricardo Strafacce. Ellos podrán objetar que, hacia 1950, a Lacan le faltaba todavía un buen esfuerzo para llegar a ser lacaniano. Otros podrán justificar el episodio en un más allá de la sesión, explicándolo como una maniobra de política expansiva que apunta al público de la Iglesia Católica. Lacan habría recibido tan cordialmente a MdT porque aspiraba captarla como medio de penetración. Al respecto se podrá recodar la contratapa de *El triunfo de la religión*, en donde Jacques-Alain Miller escribe: “Lacan sabía hablar maravillosamente a los católicos y familiarizarlos con el psicoanálisis. La Compañía de Jesús apostó a su Escuela”. Sin ánimo de contradecirlos, ni a unos ni a otros, el testimonio de 1950 de la monja dominica guarda sorprendentes semejanzas con el del judío no practicante Gérard Haddad, que tuvo su primera sesión en 1969.

Por ese entonces, Haddad era un ingeniero agrónomo extraviado en la vida que, mientras se dirige por primera vez al número 5 de la calle de Lille, sin tener muy en claro a dónde va, siente la intrusión de una visión que no sufría desde la adolescencia: se ve de pie ante el santuario del Templo de Jerusalén. Una vez en la sala de espera retorna a sus cabales al escuchar, por la puerta entreabierto del consultorio, que ante las quejas de una señora: “Siento una gran angustia”, Lacan le responde: “La angustia en sí no es una enfermedad”. “Entonces —recuerda Haddad— tengo el sentimiento tranqui-

lizador de que llegué finalmente a buen puerto”. Una vez en el consultorio, le sorprende la “sencillez y calidez” con que es recibido. Con el tiempo notará que:

Esa calidez de la primera entrevista caracterizaba al estilo de Lacan, aún más —yo lo descubriría más adelante— cuando la persona que consultaba era una mujer. Entonces, no vacilaba en tomar con un gesto paternal la mano de la persona, a menudo al borde del llanto, y en hablarle en términos afectuosos “*mi pequeña, mi querida*”. Muchos analistas consideran que la primera entrevista conviene mantener una actitud distante, rodearse de silencio. Sin embargo, hay que pensar en el desamparo que se encuentra el paciente, qué llamado de auxilio, a veces como último recurso, representa este primer encuentro con el analista.

Muchos años pasaron, y sin embargo sigo bajo el impacto de esta disposición hacia el otro, poco frecuente entre los intelectuales con cierta notoriedad.

Todo lo cual confirmaría la veracidad del testimonio de MdT y justificaría las lágrimas, pero mostraría igualmente su irrelevancia como documento. La sesión del 1 de abril de 1950 resultaría ser una más que entra en las generales de la ley de un estilo y disponibilidad que Lacan practicaba sin matices con quienes lo consultaban por primera vez. Aun así, me parece que las primeras líneas del *Diario* muestran algo más particular que la ley descubierta por Haddad: muestran el celo y destreza enunciativa de Lacan para flechar a MdT con expresiones del dialecto del catolicismo monacal,

abriendo un capítulo entero en la clínica de la función de la palabra.



Si MdT se sintió recibida no se debió simplemente a que le tomaron de la mano y le dijeron “mi pequeña, mi querida”, sino a que Lacan practicó un doble movimiento, una maniobra en la pinza con la cual, por un lado, hablaba devolviéndole expresiones que ella acababa de pronunciar —clásica técnica lacaniana—, como sucedió con la palabra «eso»; y, por el otro, hablándole con expresiones que ella no había utilizado aún pero podría haberlo hecho, con palabras que ella tenía en la *punta de la lengua*.

Es lo que destacan los dos subrayados de las doce líneas de la primera sesión. Como se vio, el segundo distingue la palabra “disciplina”. Ni falta hace mencionar el alto peso específico que tiene entre quienes deciden profesar la vida monacal. Sí valdría la pena adelantar que, de los tres votos perpetuos —pobreza, abstinencia y obediencia— el de la obediencia era central para la orden dominica, el que embargaba a MdT. Su vocación era contemplativa, tenía una sensibilidad mucho más afín a rutinas conventuales tolerantes y hasta alentadoras con el ensimismamiento, como las de las carmelitas descalzas, y esa inclinación suya se veía permanentemente contrariada por el programa de tareas y sociabilidad exigida a la rama misionera de las dominicas en la que había ingresado. De hecho, antes de decidirse, ella había apalabrado el ingreso al Carmelo, pero su director espiritual, un dominico de Lyon, le había ordenado renunciar a su deseo para dar, ante ella misma y ante Dios, prueba de

obediencia. Así, había quedado entrapada en la paradoja de que para estar más cerca de Dios debía demostrar que podía alejarse de Él, renunciar a las ascensiones místicas y abrazar, en cambio, obligaciones terrenas de misionar entre poblaciones rurales que venían perdiendo la fe. Declinar la posibilidad de ser singular para Dios, por más que sintiese que la llamaba, y resignarse a vivir como un personaje secundario, borrado. ¿Pero no era por un acuerdo íntimo con esa solución que ella era devota de San José, el santo sin *quidditas*, o lo era como una forma de resistencia, porque San José era el santo patrono de la Santa carmelita Teresa de Ávila?

Quizás ese enredo justifique dos cuestiones. Por una parte, la de la entonación tan asertiva, por momentos imperativa, de las intervenciones registradas de Lacan. Ese 1 de abril se escuchó de parte del analista una enunciación híbrida, dulce y a la vez autoritaria. Aunque decía detestarlo, MdT venía obedeciendo disciplinadamente órdenes de sus superiores desde, como mínimo, 20 años; puede que Lacan se haya servido de esa inercia. La segunda cuestión compete al segundo subrayado.

Se trata de la frase “Es para una subida”, destacada tanto por la línea de subrayado como por ocupar el lugar privilegiado de título de la sesión —recurso que no se repetirá en futuras entradas del *Diario*—. ¿Por qué esa frase ocuparía semejante emplazamiento? Estando entrecomillada, nos hace suponer que anota algo escuchado, algo más de lo dicho por Lacan. De ser así, ¿de qué subida pudo haberse hablado en una primera sesión? Presumiblemente de la subida por la escalera de la regla de la asociación libre y alguna otra indicación

particular, como la de no pegarse alguna etiqueta de anormalidad del catálogo psicopatológico. Pero, además, nuevamente aquí —e incluso con más puntería— Lacan apela al dialecto de la espiritualidad propio de las inclinaciones de MdT, más precisamente, al culmen de la mística de las carmelitas. Al escuchar que el cumplimiento de las reglas de un análisis “es para una subida”, no pudo sino resonar el título *Subida del Monte Carmelo* de San Juan de la Cruz —traducido al francés como *La Montée du Carmel*—. La oferta del analista es la del psicoanálisis entendido como una travesía espiritual carmelitana. No en vano MdT coloca esa frase como lema de la sesión. ¿O estoy llevando las cosas demasiado lejos?

La familiaridad de Lacan con el medio católico está bien establecida. En la contratapa mencionada, J.-A. Miller acierta al decir que: “Educado por los hermanos maristas, fue un joven piadoso y alcanzó un conocimiento sensible, íntimo, de los tormentos y astucias de la espiritualidad cristiana”. Pero se queda corto, para lo que aquí nos incumbe debemos agregar que, debido a la legislación republicana sobre la enseñanza que rigió en Francia desde 1903, los miembros de las órdenes conventuales, como la de los maristas, los carmelitas o los dominicos, tenían prohibido dictar cátedra, por eso los colegios confesionales como el Stanislas, donde Lacan hizo su escolaridad primaria y secundaria, debieron contratar profesores católicos laicos, por ejemplo, a Jean Baruzi, quizás el más distinguido estudioso francés del siglo xx de la obra de San Juan de la Cruz. Y abundan pruebas de que Baruzi encontró un alumno atento en el joven Lacan. No sólo lo aseguran los biógrafos, sino que

encontramos pruebas textuales y del modo más expreso en un congreso carmelitano de 1954, en el que invitan a Lacan a hablar de la función del símbolo en la obra del místico español. Acepta y participa dando pruebas de ser un auténtico conocedor; la selección e interpretación que realiza de unos versos encontrados en medio de *La noche oscura* sorprende, así como la manera en que se las ingenió para mostrar polémicamente su inclinación a favor de las tesis más radicales de Baruzi —por aquel entonces todavía rechazadas por el núcleo duro de carmelitas y dominicos.

A lo largo de las muchas sesiones que siguieron reaparecerán, esporádicamente, nuevos empleos del registro dialectal para mantener en pie y desplegar ese análisis. Por ejemplo, en una sesión de noviembre de 1950 en que MdT quiere hacer gala de sus conocimientos de psicología, Lacan la corrige advirtiéndole: *La personnalité n'a été découverte qu'après notre Seigneur* (“La personalidad [como concepto] fue descubierta recién después de nuestro Señor [Jesucristo]”). Seguramente Lacan no habló de esa manera con los otros analizantes de ese día, porque con cada uno construiría un nosotros singular.

Cada caso y cada sesión indicará el alejamiento o la comunión dialectal que más conviene en la dirección de la cura. Es un ardid poderoso, quizá no suficientemente apreciado, de la clínica lacaniana de la función de la palabra.